

Fresco y nublado era el día,
E íbamos en son de fiesta
Cortando la pradería,
Tropa juvenil, quería
Subir volando la cuesta.

Al fin tras de arrugas tantas
Vióse el lindo pueblecillo,
Entre arbustos y entre plantas,
Pues se esconde en las gargantas
De arbolado montecillo.

Bajo la bóveda oscura
De sus calles, libre corre
Linfá clara de agua pura,
Y entre frondosa espesura
Se alza su Iglesia sin torre.

Descuellan grandes zalates
Do quier, hierven los arroyos,
Cantan alegres zanátes
En las huertas de aguacates,
Guayabos y chirimoyos.

Discurren entre las ramas
Dando al aire sus sonrisas,
Los caballeros, las damas;
Cortando yedras, retamas,
Van aspirando las brisas.

Cual ilusión pasagera
La hermosa mañana huyó:
Volvimos por la pradera,
¡Y ninguno entónces era
Tan dichoso como yo!—

JUEGOS DE PRENDAS.

(San Pedro, casa paterna, Octubre 14 de 1851.)

Como noche de verano
De esa tan bella estación,
Reinó el juego cortesano
"Del florón anda en la mano
Y en la mano anda el florón."

De juegos entre doncellas
Y entre donceles garridos,
Dicen son raras las bellas
Que tras las *prendas* aquellas,
No logran queden *prendidos*.

Siempre en amor gananciosas
Las niñas gallardas son:
Pedigüeñas, dadivosas,
Tienen algunas hermosas
De perlas el corazón.

¡Privilegio de los años!
¡Juventud, preciosa edad,
Sin los achaques uraños
Hijos de los desengaños
De la humana realidad!

Juventud, que se divierte,
Juventud, que siempre gana,
Y en su ganancia no advierte
Que paso á paso la muerte
Le dará alcance mañana.

Que así forma entretenida
 Sus castillos en el aire,
 Y de resguardar no cuida
 Esa ilusion de la vida
 Espuesta á duro desaire.

Que en nubes de oro retrata
 Su peregrina ilusion,
 Que el viento leve arrebatá,
 ¡Y que al fin las desbarata
 Cual burbujas de jabon!—

Ella al estrecharse el coro
 Acertó á estar junto á mí,
 Y aquella mano que adoro,
 Como si fuera un tesoro
 Con mi mano la oprimí.

En el juego estravagante
Del Diablo y la Monja fué;
 Y le dí cual prenda amante
 Una gardenia fragante
 Que en esa noche corté.

Sentóse la concurrencia
 Y á su turno, ¡no hay perdon!
 A ella le tocó en sentencia
 Decir con gran complacencia
 A todos los del salon:

“Aquí me tienes, bien mio,
 Mándame lo que quisieres.”
 No cabe ningun desvío,
 Decreto de un juez impío
 Lo apoyan diez pareceres.

Pasó revista una á una
 De las personas aquellas,
 Siempre con igual fortuna,
 Sin esceptuarla ninguna,
 Y exigentes todas ellas.

A mí llegó suplicante
 Y le pedí que cantara,
 Hízolo tierna y amante,
 Y se conmovió bastante
 Cuando mi aplauso escuchara.

De súbito vibradora,
 Sentimental, voz salida
 Del alma, voz que enamora
 Y entristece, voz que llora,
 Se escuchó acorde y sentida.

Jóven apuesto cantaba
 La cancion de la *Morena*,
 Y así á su antojo pulsaba
 El corazon, que gozaba
 Con desconocida pena.

Romántica, indefinible,
 Era su dulce espresion,
 Tan patética y sensible,
 Que un encanto indescriptible
 Producía en la reunion.

Y cantó ese adios tan blando
 A la *Alambra*, esa ideal
 Despedida, que llorando
 Dice un trovador cantando
 Al pié de ojiva oriental.

Gentil mancebo tañía
 Su vihuela con primor,
 Mucho en su canto decia,
 Que hasta el alma conmovía
 El bizarro tocador.

Soberbio en su continente,
 Decidor, de ojos de fuego,
 Meridional tipo ardiente,
 De alta y blanquísima frente,
 Porte de un músico griego.

Profunda era su mirada,
 Y su risa burladora,
 Su cabellera rizada,
 Su palabra iluminada,
 Su voz la de ave canora.

A la memoria traía
 Aquellos tiempos feudales
 De andante caballería,
 Que mucho se parecía
 A esos bardos provenzales.

Que causaban inquietudes
 A las nobles castellanas,
 Tañendo tristes laúdes;
 De generosas virtudes,
 Y de larguezas cristianas.

Lo escuchaban palpitantes,
 Todos, callaban, sentían,
 Y húmedos ví los semblantes
 De los dos sexos amantes
 Que allí de amor padecían.

Lo que á mí me sentenciaron,
 Fué que en esquela sencilla
 Le hablara de amor,—callaron—
 Mas mis lábios recitaron
 Una estrofa de Zorrilla

En la *Columna de amor*
 Claro suspirar la oí
 Por su constante amador;
 Llena de miedo y pudor
 Se cayó al *Pozo* por mí.

Leves las horas volaron:
 Todos estaban pendientes
 De los dos, mas no alcanzaron
 A medir lo que juzgaron,
 Y anduvieron imprudentes.

Salí loco, deslumbrado,
 De amor febril, de amor ciego;
 Nunca he despierto soñado
 Como esta noche.—He llorado,
 Y era mi llanto de fuego.—

Jamás lo quice creer
 Se gozara en el dolor—
 ¡Ay! la muerte debe ser
 El amor de una muger,
 Que es cruz del alma ese amor!—

Torna ilusion á halagarme,
 Torna esperanza á fingirme,
 Torna deseo á abrasarme,
 Torna muger á embriagarme,
 Torna cielo á bendecirme.

No corrais sublimes horas,
Instantes de amor, teneos,
No huyais sonrisas traidoras,
Venid, dichas triunfadoras,
Surgid, nobles devaneos.

Quiero gozar, quiero amarla,
Quiero á cada instante verla,
Y palmas de gloria darla,
Y con ellas coronarla,
Y por mi amor merecerla.

Quiero á tan poca distancia
De ella, con ella soñar;
De su luz, de su fragancia
Se llena mi humilde estancia,
¡Si me vendrá á acompañar!

Se está conmigo, conmigo
Su imágen, por tal razon
Mi desventura la digo,
Y como á Dios la bendigo,
Le dá culto el corazon.

Tales misterios se esplican,
Nuestros espíritus se hablan,
Se buscan, se comunican,
Se adoran, se identifican,
Pláticas de amor entablan.—

¡Sueños! Amame algun dia
Como yo te amo á tí,
Con éxtasis y agonía.
¿No respondes, alma mia?
¡Muger, ten piedad de mí!

VIDA DEL CAMPO.

(San Pedro, Octubre 17 de 1851.)

Tarde á tarde al campo fuí
Realizando mis deseos,
Galan jóven conseguí
Fuera siempre junto á mí
En tan hermosos paseos.

Sobre mi corcel, ufano
La llevaba dulcemente,
Ya estrechándola una mano,
Ya aquel talle soberano,
Viéndome en aquella frente.

Quizá una silvestre flor
La ofrecí cual prenda mia,
Mientras trémula de amor
Sonreía á su cantor
Con santa melancolía.

Cuando el ángel de la tarde
Plegaba sus alas bellas,
En esa hora en que arde
De su brillo haciendo alarde
Un firmamento de estrellas.

La blanda brisa murmura,
Y se oyen tristes ruidos
En el campo y la espesura,
Como notas de amargura,
O misteriosos quejidos.

Todos reían, saltaban,
 Todos alegres corrian,
 En la pradera bailaban,
 Y ya puesto el sol cantaban
 O ramilletes hacian.

Ibamos por la pradera
 Al *Alamo*, á *San Andrés*;
 Diversion grata nos era
 Cruzar á toda carrera
 Del llano inmenso á traves.

En bullicioso escuadron
 Volvíase la caravana,
 Formando en luenga estension
 Pintoresca procesion,
 Vivaz, juvenil, lozana.

Siempre los juegos de estrado
 Noche á noche se ponían,
 Y yo mas y mas prendado,
 Ya mi amoroso cuidado
 Todos me lo conocian.

Gustos casi patriarcales,
 Costumbres puras y añejas,
 Que encierran dichas cabales,
 Escenas tradicionales,
 No patrañas ni consejas.

¡Sitios risueños y amados,
 De la niñez grato asilo,
 Por la juventud buscados,
 Y en la vejez recordados
 Como un paisaje tranquilo!—

RECUERDOS TRISTES

(San Pedro, Octubre 18 de 1851.)

¡Dias de amor! ¡Presto huyeron,
 En álas de la esperanza!
 ¡Ay! ¿por qué siempre murieron
 Horas que el anuncio fueron
 De la Bienaventuranza?

¡Blandas horas juveniles,
 Que el sol del alma colora
 En sus hermosos abriles,
 Y desaparecen gentiles
 Cual los rayos de la aurora!

¿Por qué se van tan ligeras
 Esas santas ilusiones
 De nuestras dichas primeras,
 Como engañosas quimeras,
 O fugitivas visiones?

La ave canora enmudece,
 Pierde el bosque hoja tras hoja,
 La nube desaparece,
 Mas el recuerdo embellece
 Lo que nuestro llanto moja.

Todo se extingue en la vida
 A impulso de las pasiones,
 Pero hay cuerda, que tañida
 Despierta al alma dormida
 Con estrañas sensaciones.—

Por vez última y gozando
 En lo íntimo del hogar,
 La ví donosa cantando,
 Perlas del alma sembrando
 En su divino cantar!

¡Ay, la voz de la muger
 Posee tal seduccion,
 Tan prodigioso poder,
 Que de pena ó de placer
 Puede ahogar el corazon!—

Despues frente aquel jardin
 Entre llorosa y turbada,
 Muy cerca del tabachin
 Me dió un ramo de jazmin,
 Y un adios en su mirada.

En cambio, ¡dulce violeta!
 Recibió unos versos míos,
 En los que iba siempre inquieta
 Toda el alma del poeta
 Con sus santos desvaríos!—

Corté del jardin paterno
 Gardenia blanca y preciosa,
 Y en álas de afan interno
 Volé enamorado y tierno
 A la ciudad populosa.

Allí frente á su ventana
 Mi negro corcel detuve,
 Y en plática cortesana
 Con mi doncella cristiana,
 Toda aquella tarde estube.

SU CASITA.

(Guadalajara, Octubre 20 de 1851.)

¡Qué casita tan linda, tan fresca,
 Mi bien, es la tuya!
 ¡Cuántas flores abriendo en la sombra
 Sus vívidas urnas!
 Enramadas, misterios, perfumes,
 Silencio y penumbra,
 Cortinages vistiendo de rosas
 Las altas columnas.
 Hay naranjos de copas floridas,
 Racimos de frutas,
 Y los plátanos verdes, sonantes,
 Bordan sus cúpulas.
 Madreselvas trepando en los arcos
 Al aire columpian;
 Los arriates en torno se ostentan,
 Los insectos cruzan.
 Las brisas cual olas de olores,
 ¡Cuán leves murmuran!
 Y doquier hay parleros zenzontlis,
 Palomas que arrullan.
 Corredor que los rayos solares
 Apénas alumbran,
 Un pátio que baña en silencio
 Romántica luna;
 La sala, su mística alcoba,
 Su vergel en suma,
 ¡Los ví en estático arrobó,
 Con santa ternura!—